

DIVAGACIÓN ACUÁTICA

LEMA
BAHÍA

El agua que brota de noche del manantial
no sabe que está dormida:
va en su sueño a otras aguas veloces
que murmuran al fluir y a veces cantan
y juntas fluyen y cantan y se unen
en la corriente inquieta que sabe de antemano su camino,
que no es otro que un dejarse llevar,
como hacemos nosotros con la vida.

El agua con sonido que discurre
en un verso de una égloga de Garcilaso
se me confunde ahora en la memoria antojadiza
con la lluvia otoñal que oí caer
desde la ventana del hotel Locarno de Roma
y que parecía el eco de una batalla de hace siglos,

un choque de metales en el aire,
un rápido morir.

(Aquella lluvia que simulaba, no sé,
la voz trasmundana de los héroes agónicos de Virgilio,
la tormenta condotiera que invadía las calles
con la furia de un Neptuno de Bernini.)

Fernando Pessoa, en cambio, habló de la lluvia muda
de Lisboa, la misma bajo la que caminé
con un libro de Pessoa en el bolsillo:
el agua mansa
que cubría la ciudad como un velo de novia.

Cada mañana, el grifo interpreta una sinfonía transparente:
el agua amiga de los ojos,
la que despeja de la conciencia
el lodo aleatorio de la pesadilla,
donde somos actores de un guion sin sentido,
y reinstaura la realidad, a la que algunos conceden
la condición de fantasía del pensamiento.

Oyes el agua y oyes un discurso
que no te dice nada y dice todo,
la frase pasajera que contiene un enigma,
el verbo inexistente
que define un estado de conciencia.

Bajo la corriente presurosa de un río

una voz presocrática avisa
de la fugacidad anhelante que nos vincula al mundo.

(Hesíodo, por su parte, supuso que todo aquel que cruza un río
sin purificar sus faltas ni lavarse las manos
será un aborrecido de los dioses, que le enviarán padecimientos.)

Oigo ahora llover y qué raro resulta
este concierto acuático que podría ser un caos y es un método.
Oigo ahora llover y soy la lluvia.
La lluvia que nos reúne bajo su imperio de fugacidades.

Porque somos el manantial
de lo ilusorio, lo que emana de un adentro
hacia dónde y para qué.

Porque somos
el niño sin tiempo aún tras de sí
al que envolvió una ola inesperada
para arrojarlo luego, como a un náufrago, a la orilla.

Somos los que desde entonces aguardan en la orilla,
fundido ya el vivir con las mareas,
dormido ya el afán de un infinito.

Y el agua que nos trajo será la que nos lleve.